

ésta es otra característica de la lucha actual, realizarán los san-marineses, que por más señas, según leo, deben a los alemanes su independencia, y trataban de «hermana» a la serenísima de Venecia, que la ha perdido antes?

Sea de esto lo que quiera, ya hay un Estado más en danza contra las tres naciones unidas y a favor de los aliados...

**

Pero Alemania erre que erre.

Ya ha desaparecido el «pan de guerra» y lo sustituye el blanco trigo. A estas alturas, Alemania no ha sido invadida.

Resiste.

Ignoro si el verbo es exacto, si resistir es cuanto puede decirse, o hay que considerar que gana terreno, en el mar especialmente, como afirman los germanófilos *d'outrance*.

Confieso que no lo sé ver claro.

Lo único que sé es que se prolonga ya demasiado la lucha.

Y además, cunde.

El *Heraldo* presenta un mapa de Europa aterrador. Es negro en él cuanto comprende los Estados que pelean, y blanco lo neutral, y lo blanco ¡es ya tan poco!

**

He formado parte de la peregrinación de la Co-ruña a Santiago de Compostela.

No he de escribir que me sentía transportada a la Edad Media, porque los procedimientos de locomoción han variado hasta el punto que, ¿sabemos? pero siempre hay un aroma tradicional en estas cosas, y si muchos peregrinos van en automóviles particulares o de línea, no pocos hacen la excursión a pie, como en los primitivos tiempos.

Santiago de Compostela se presta admirablemente a estas manifestaciones de la piedad religiosa.

Ofrece un fondo y una decoración artística incomparable, un escenario grandioso, en que todo adquiere un realce especial.

Compostela está consagrada por el tiempo y la historia; pero, a veces, la devoción improvisa. A muy corta distancia de mi aldea, hay una parroquia donde la gente campesina ha declarado Santo por aclamación popular a un fraile, al cual la Iglesia no concedió tan alta categoría.

El fraile es autor de una obra titulada nada menos que «Arco Iris de paz, cuya cuerda es la consideración y meditación para rezar el Santísimo Rosario de Nuestra Señora: su aljaba ocupa quinientas y sesenta consideraciones, que tira el Amor divino a todas las almas, y especialmente a las dormidas en la culpa, para que despierten y le sigan en los Sagrados misterios Gozosos, Dolorosos y Gloriosos, en que se contienen la vida de Cristo nuestro Bien, y las mejores y mayores alabanzas de María Santísima.»

Por este libro de gongorino título sabemos que el Santo, llamémosle así provisionalmente, Fray Pedro de Santa María y Ulloa, era dominico, hijo del Convento de San Esteban de Salamanca, y prohijado en el Real Convento de San Pablo de Sevilla.

Y sabemos también que nació fray Pedro en el Arzobispado de Compostela, en la aldea de Castriellón, feligresía de Santa María de Oys, a mediados del siglo XVII; y que su madre soñó, antes de que naciese el niño, que le veía decir misa; y que en los días de ayuno, el pequeñuelo no quería mamar; y que su madre fué maleficiada por una vieja labriega (recuérdese que aquél es el siglo del embrujamiento) y vió secarse sus pechos, hasta que a fuerza de oraciones se rompió el hechizo, y murió en el fuego de una hoguera, voluntariamente, la hechicera; y que el niño, en la escuela, profetizó que de ella saldrían siete clérigos, y la profecía se cumplió; y que rezaba ante una cruz hecha de tronchos de berzas, cosa bien galaica y mariñana; y que estudió gramática en Betanzos; y que fué criado de D. Pedro Andrade, señor de San Saturnino; y que, después de muchas austeridades, entró en los Dominicos, porque no pudo entrar en la Cartuja; que, al fin español legítimo, sintió deseos de pasar a las Indias, si no a repartir tajos y mandobles, a convertir almas, y se dirigió a Nueva España, luego al Perú, Angola y Cabo Verde, llevando por todo viático un Breviario y una túnica de lana; y convirtió piratas, y trajo a la fe a reyezuelos negros, y en Guatemala estuvo a punto de muerte por grave enfermedad, y en el Potosí dejó descubierta para otros una mina de plata, y en Canarias, y en la Ciudad de la Laguna, se le apareció el demonio; y en suma, fué su vida la de infati-

gable aventurero religioso, asceta y viajero — la vida de tantos frailes de aquellos días —.

¡Vida privada de todo refinamiento, pero llena de emoción y de interés, activa, fecunda, grata en resumen!

Y cuando entregó a Dios su alma ardorosa, quedó Fray Pedro, que era moreno, seco y curtido, muy rosado y blanco, y sus manos, como la misma nieve, cuenta su biógrafo.

Ahora bien, la gente de Oys y de las parroquias circunvecinas por Santo dió en tenerle, y en acudir a rendirle sus ofrendas, y al párroco misas, algunas de «a onza».

Repetidamente el Arzobispo de Santiago advirtió que no estaba canonizado, ni mucho menos, el que el pueblo sigue llamando San Pedro Manzano, y que no podía autorizar un culto no santificado por el Papa.

Continúa la gente acudiendo a venerar la memoria del siervo de Dios, y contribuyendo con cuanto puede, en especie o en metálico, para impetrar su intercesión eficaz.

Es la devoción libre, ardiente, espontánea, del pueblo, tal cual en el siglo XIII existiría.

**

En ella pienso cuando encontramos, al acercarnos a Compostela los grupos de labriegos que vinieron a pie a incorporarse a la peregrinación.

Van despacio, y llevan, en un hatillo hecho con un pañuelo de cuadros azules, el pan que han de comer.

Muchos están todavía en ayunas: esperan comulgar al llegar a Santiago. Otros, dentro ya de la ciudad, han cumplido este deber religioso, y tienen, cuando se suman a los demás peregrinos para hacer su entrada en la sacra ciudad, ganado el Jubileo y cruzada la misteriosa puerta...

Cantando el himno al Apóstol, los peregrinos, formados en filas, precedidos por su estandarte, pasan, luciendo en el pecho la insignia, que es, por cierto, feísima, cuando tan fácil fuera haber acuñado algo artístico dentro de lo barato y sencillo que el caso exige...

Sublevada desde el primer momento ante la fealdad de la medalla, vi en la Catedral, delante de nosotros, cerca de la reja del presbiterio, a una mujeruca vieja, encorvada, que vestía una esclavina de hule, un sombrero de la misma forma que el de la románica efígie del Apóstol, y empuñaba una tosca cruz de palo.

La esclavina, salpicada de conchas veneras o vieiras, que también guarnecían el sombrero, daba una impresión análoga a la del templo, arcaica y familiar, en extremo pintoresca.

Y entonces se me ocurrió que el distintivo de los peregrinos debiera ser únicamente una concha, la clásica del Señor Santiago!

Ya que hoy parezca excepcional la esclavina y el sombrero y el bordón de los tiempos del caballero Tanhäuser, quede, como lazo de unión entre lo pasado y lo presente, la conchita, de metal o plata.

A mí me regalaron, en cuanto manifesté mi protesta contra la medalla industrial que ostentábamos, una bonita venera de plata, blasonada con la cruz de Santiago.

Y me propuse hacer propaganda a la concha, como distintivo de las peregrinaciones compostelanas.

Ya estamos en la gran nave del templo, y, cual enorme y pesado pájaro de plata, el *Botafumeiro* empieza a lanzarse al espacio, primero pausadamente, dulcemente, después raudo, poseído de una especie de furia de adoración.

El gigantesco turibulo va por encima de nuestras cabezas, y causa miedo la hipótesis de que pudiese romperse su cuerda y caer el Volador sobre nosotros.

Y me asalta el recuerdo de los versos atribuidos a Víctor Hugo:

«Tiene un santo Compostela,
y el rey de los incensarios,
que de nave a nave vuela...»

Realmente, Víctor Hugo sólo escribió: «*Compostelle a son saint...*»

Pero, si llega a enterarse del Botafumeiro, algo muy grandioso le inspiraría.

Porque la idea de este incensario es de las más ingeniosamente bellas, y realiza el conjunto, ya tan poético, de la peregrinación a este lugar, que es una de las entrañas de la nacionalidad española.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Al terminarse esta guerra, si quiere Dios que se termine alguna vez, vamos a quedar lo que se dice gastados para toda emoción.

Lo vamos estando ya. Leemos las noticias terro-ríficas y espeluznantes, como leeríamos un suceso ocurrido hace años y que no despierta sino un interés relativo.

Diariamente se van a pique buques torpedeados, y ni aun se pregunta qué fué de sus tripulaciones. Tanto gemido, tanto dolor, se extinguen sin eco. Caen racimos humanos en el inmenso lagar de la Muerte, y no se escucha una queja, un suspiro.

El mismo lenguaje de la prensa es como apagado, incoloro. Se diría que lo que está sucediendo no tiene realidad; es uno de esos enormes frescos de batallas que decoran las paredes escurialenses, y ante los cuales pasamos indiferentes, concediéndoles apenas una distraída mirada. ¿Qué gente es esa que hormiguea allá en el fondo gris? ¿Son turcos, son holandeses? De sus heridas ¡brotaba en efecto sangre!

Y así vamos dejando correr los días, esperando siempre que nos alivien del peso de esta sorda angustia; que resuene la palabra «paz» y podamos ver, disipada la nube de humo de los cañones y bombas, qué queda de la Europa que conocíamos, qué nueva forma ha tomado, cómo vamos, en lo sucesivo, a vivir, y quiénes van a ejercer la hegemonía, si los alemanes o los ingleses.

Porque no hay otra disyuntiva: Europa será inglesa o alemana; y no sólo Europa, el mundo entero.

**

Y si son los alemanes los que llevan el gato al agua, parecerá como un prodigio histórico. Porque ya no queda nadie que contra ellos no esté. Asistimos a la lucha de tres naciones contra ocho o diez.

¡Alemania, con sus aliadas Austria-Hungría y Turquía, ve enfrente a tantos pueblos! ¡Francia, Inglaterra, Italia, Rusia, el Japón, Servia, Bélgica, Portugal, y ya está enseñando los dientes, aunque no acabe de morder, un formidable can de presa, los Estados Unidos!

Me he dejado en el tintero a otro Estado que envía gallardamente su cartel de desafío... ¡La República de San Marino también está en guerra con Alemania! Hasta los gatos quieren zapatos, señores...

La República de San Marino es formidable. Sus ciudadanos no bajan de ocho mil. Su ejército se compone de novecientos valientes. Y lo serán, como el que más, no hay que dudarlo.

Pero pasó el tiempo en que con novecientos hombres se trazaban la páginas de una epopeya. ¡Novecientos hombres!

Los generales de hoy en día son como aquel reverendo Padre Visitador, que en una visita a un Convento de su orden se quejaba de la escasez de la comida, y habiendo alegado el Superior que le habían servido un orondo pavo, exclamó:

— ¡Valiente cosa! ¡Un pajarito!

Para los generales, jefes y caudillos de esta guerra, haría menos que un pajarito son los novecientos de la minúscula República, la cual, si conserva aun los cuatro cañones que le regaló Napoleón Bonaparte, no tendrá, probablemente, otra artillería... Los de San Marino (que estaba enclavado en los Estados pontificios), han encontrado buena ocasión de quitarse el no muy lucido mote militar de «soldados del Papa».

¿Quién sabe qué hazañas obscuras, sin nombre,